

Cayetano Mas Galvañ

Departamento de Historia Medieval,
Historia Moderna y Ciencias y Técnicas Historiográficas
Universidad de Alicante
ORCID: 0000-0002-6991-1692
cayetano.mas@ua.es

Irene Andreu Candela

Departamento de Historia Medieval,
Historia Moderna y Ciencias y Técnicas Historiográficas
Universidad de Alicante
ORCID: 0000-0001-7932-5710
irene.andreu@ua.es

Carlos III en sus epistolarios: una intimidad sin Luces¹

Charles III in his epistolaries: an intimacy without Enlightenment

Resumen: El presente trabajo se basa en la correspondencia epistolar enviada durante el periodo 1759-1767 por Carlos III, rey de España, a tres corresponsales italianos: en Parma, a su hermano el duque Felipe; en Nápoles, al secretario de Estado Bernardo Tanucci, así como al preceptor de los hijos de Carlos y presidente del Consejo de Regencia, Domenico Cattaneo, príncipe de San Nicandro. Tras analizar diferentes temas tratados en las casi mil cartas conservadas (cuestiones religiosas, práctica cinegética, actividades culturales, actitudes científicas, arqueología y artes plásticas, y educación del hijo del soberano, Fernando IV), se confirma el escaso interés prestado por Carlos III, en su vida personal, hacia la cultura de las Luces. De este modo, la imagen que ofrece el epistolario es ante todo la de un monarca absolutista que ve en las iniciativas y actividades culturales un medio para reforzar la imagen y el prestigio de su poder.

Palabras clave: Carlos III de España, Fernando IV de Nápoles, correspondencia epistolar, siglo XVIII, Ilustración.

¹ Este estudio forma parte de los resultados del proyecto PID2021-122988NB-I00, financiado por el Ministerio de Ciencia e Innovación del Gobierno de España, la Agencia Estatal de Investigación y la Unión Europea.

Abstract: This work is based on the letters sent between 1759 and 1767 by Charles III, King of Spain, to three Italian correspondents: in Parma, his brother, Duke Philip; in Naples, the Secretary of State Bernardo Tanucci; and the tutor of Charles's children and President of the Regency Council, Domenico Cattaneo, Prince of San Nicandro. After analyzing various topics covered in the nearly 1,000 preserved letters (religious matters, hunting practices, cultural activities, scientific attitudes, archaeology and the visual arts, and the education of the King's son, Ferdinand IV), we can confirm the scant interest shown by Charles III in his personal life into the culture of the Enlightenment. Thus, the image presented in this correspondence is, above all, that of an absolutist monarch who saw cultural initiatives and activities as a means to reinforce the image and prestige of his power.

Keywords: Charles III of Spain, Ferdinand IV of Naples, epistolary correspondence, 18th century, Enlightenment.

Introducción

Desde los tiempos de su primera biografía –la del conde de Fernán-Núñez– hasta las más recientes (María de los Ángeles Pérez Samper, Giuseppe Caridi, Roberto Fernández)², la figura de Carlos III ha gozado en general de una excelente reputación que incluso ha trascendido a la cultura popular. De hecho, existe un consenso que lo presenta como el arquetipo del déspota ilustrado español, aunque en algunos casos con ciertos matices (consistentes, sustancialmente, en enfatizar su faceta reformista frente a la propiamente ilustrada). Sin embargo, otros trabajos (Francisco Sánchez-Blanco, José Luis Gómez Urdáñez) ofrecen una versión mucho menos amable del cuarto Borbón español, tanto desmintiendo ciertas actuaciones que le fueron atribuidas, como disintiendo del juicio general sobre su figura³. Por su parte, especialistas como Francisco Aguilar Piñal optan por no entrar en la polémica, prefiriendo ofrecer argumentos para que sea el lector quien saque sus propias conclusiones⁴.

² C. J. Gutiérrez de los Ríos, conde de Fernán-Núñez, *Vida de Carlos III*, 2 vols., Madrid 1898. (citado en adelante como Fernán-Núñez); M.^a de los A. Pérez Samper, *La vida y la época de Carlos III*, Barcelona 1998; G. Caridi, *Carlos III. Un gran reformador en Nápoles y España*, Madrid 2015; R. Fernández Díaz, *Carlos III. Un monarca reformista*, Barcelona 2016. Una excelente síntesis de la interpretación ecléctica del rey y el reinado, planteada por este último autor, puede leerse en: R. Fernández Díaz, «Carlos III. Custodia y reforma del Antiguo Régimen», en: *Bajo el velo del bien público*, coords. J. Astigarraga Goenaga y J. Usoz Otal, Zaragoza 2020, pp. 27-56.

³ F. Sánchez-Blanco Parody, *El absolutismo y las Luces en el reinado de Carlos III*, Madrid 2002, pp. 40-50; en su estudio sobre *El Censor*, Sánchez-Blanco desacredita la sorprendente teoría que presentaba al rey como impulsor de este periódico (*idem*, *El Censor: un periódico contra el Antiguo Régimen*, Sevilla 2016, p. 9); J. L. Gómez Urdáñez, *Víctimas del absolutismo. Paradojas del poder en la España del siglo XVIII*, Madrid 2020.

⁴ F. Aguilar Piñal, *Madrid en tiempos del «mejor alcalde»*, vol. 1, San Cugat 2016, pp. 1 y 9 (revisión historiográfica).

Por nuestra parte, en ocasiones anteriores⁵ hemos tenido ocasión de aproximarnos a Carlos de Borbón a través de sus epistolarios desde una óptica muy concreta: la de emplear, para el estudio del clima de su siglo, las numerosas referencias de este tipo contenidas en sus misivas. Pero al tiempo que efectuábamos esta lectura, se hacía inevitable prestar atención al resto de los asuntos que se mencionan en su amplísima correspondencia. Como resultado de tal lectura, emergió con fuerza la impresión de que la cultura de las Luces está prácticamente ausente, como texto y como contexto, en los cientos de cartas dirigidas a sus corresponsales –familiares y amigos– más cercanos. A comprobar esta idea inicial dedicamos el presente trabajo.

Fuentes utilizadas

Aunque para los trabajos sobre los contenidos climáticos hemos manejado el conjunto de los epistolarios firmados por Carlos III a lo largo de su vida, para esta contribución los hemos circunscrito a tres, adoptando como marco cronológico el periodo 1759-1767. Se trata de las cartas remitidas durante dicho periodo a Domenico Cattaneo della Volta, príncipe de San Nicandro, y a Bernardo Tanucci, ambos residentes en Nápoles; así como las enviadas entre 1759 y 1765 a su hermano Felipe, duque de Parma (fallecido ese último año).

Consideramos que tanto el periodo como los corresponsales seleccionados resultan suficientemente significativos y coherentes. Cattaneo fue mayordomo mayor, presidente del Consejo de Regencia napolitano y ayo de Fernando y Felipe, los hijos menores dejados en Nápoles por Carlos cuando en 1759 asumió la corona española (el primero, como rey Fernando IV; el segundo, aunque primogénito varón, inhabilitado por su discapacidad intelectual). En cuanto a Tanucci, Carlos le confió la Secretaría de Estado partenopea y mantuvo con él siempre una relación de estrecha amistad y confianza. Ambos, Cattaneo y Tanucci, fueron claros enemigos, pero –el monarca español gustaba de este tipo de equilibrios⁶– constituyeron las piedras angulares en las que apoyó la educación de su hijo y el control sobre el gobierno de Nápoles, hasta que Fernando cumplió los dieciséis años –el 12 de enero de 1767– y fue declarado

⁵ Entre otros, citaremos: C. Mas Galvañ, «El clima en la correspondencia de Carlos III (1759-1765): cartas a Felipe de Parma y Bernardo Tanucci», en: *Clima, naturaleza y desastre: España e Hispanoamérica durante la Edad Moderna*, coord. A. Alberola Romá, Valencia 2013, pp. 17-54; I. Andreu Candela y C. Mas Galvañ, «La correspondencia de Carlos III como fuente para el estudio climático (1759-1782)», *Revista de Historia Moderna*, núm. 39, 2021, pp. 99-134, DOI: <https://doi.org/10.14198/RHM2021.39.04>; I. Andreu Candela, *La percepción del clima y las catástrofes en los epistolarios españoles del siglo XVIII. La correspondencia de los Borbones*, Alicante 2024.

⁶ Es la política del «Divide et impera» a la que se refiere C. Knight, *Carteggio San Nicandro-Carlo III. Il periodo della Regenza (1760-1767)*, Nápoles 2009, pp. XLI-XLIII.

mayor de edad. Con Felipe de Parma el rey mantuvo una correspondencia – apenas explotada– que estaba destinada tanto a sostener los lazos afectivos, como a asegurarse el control sobre el territorio donde él mismo se inició como gobernante. Por otra parte, consideramos necesaria la acotación cronológica, no solo para analizar con suficiente detalle los contenidos de la correspondencia, sino también porque ajusta perfectamente con el periodo de la Regencia napolitana, y viene a coincidir con los primeros años del Gobierno de Carlos en España, que se extienden hasta los motines de 1766, la expulsión de los jesuitas en la primavera de 1767, y las reformas subsiguientes. Es decir, el autor de las cartas era ya una persona en edad madura y poseía una larga experiencia de gobierno; a priori, se hallaba en lo que podría considerarse como la etapa –o parte de ella– de su plenitud reformista «ilustrada»⁷.

En total, el corpus manejado comprende 990 misivas escritas con regularidad semanal: 376 dirigidas a San Nicandro, 402 a Tanucci y 212 a Felipe de Parma⁸. No obstante, advertimos que pondremos especial énfasis en la correspondencia con el primero, por dos razones. En primer lugar, es la de menor componente político (en el extremo contrario se encuentra la de Tanucci). En segundo lugar, Cattaneo afirmó que Carlos le había encargado hacer de su hijo «il più illuminato principe»⁹. Por tanto, resultaba esperable que en estas misivas, cuya principal finalidad debía ser la educación de Fernando, las ideas ilustradas fluyeran y se mostraran con claridad. En cualquier caso, por las tres vías estaríamos ante una puerta abierta a la intimidad del rey, a través de la cual poder sondear, sin mediaciones, los asuntos que captaban su mayor interés personal.

⁷ Citando a William Coxe, F. Aguilar Piñal (*op. cit.*, p. 57) indica que después de los sucesos de 1766, el rey se volvió más pensativo, taciturno y disgustado, en parte «porque no sabía si, con sus decisiones, estaba cumpliendo la voluntad del Dios en el que creía».

⁸ C. Knight (*op. cit.*) ha publicado parte (octubre de 1760 a enero de 1768) del epistolario con San Nicandro (tanto las de este a Carlos, como las respuestas del rey, aunque ha desaparecido alguna); en lo sucesivo, utilizaremos como referencia el número de registro que Knight les asigna precedido del signo de parágrafo (§) y la fecha (en los casos en que se indiquen dos, la primera corresponde a cartas de San Nicandro a Carlos III; en los restantes casos, se entiende que son de Carlos a Cattaneo); en el caso de citas textuales, se indicará el número de página de la misma publicación. Las cartas de Carlos a Tanucci se encuentran –manuscritas– en el AGS, Estado, libros 318 a 355. Si bien, Maximiliano Barrio publicó las del periodo 1759-1763 (M. Barrio Gozalo, *Carlos III. Cartas a Tanucci (1759-1763)*, Madrid 1988); del fondo manuscrito han desaparecido las del primer semestre de 1762, y aquí hemos revisitado las existentes hasta 1775. Finalmente, las cartas de Carlos a Felipe de Parma se conservan todas en el ASPa, Carteggio Farnesiano e Borbonico Estero-Spagna, busta 150; comprenden desde 1759 hasta abril de 1765 (Felipe murió en julio de ese año). Debemos su descubrimiento al profesor Enrique Giménez López. Para simplificar las citas, todas las referencias del AGS se entiende que son cartas de Carlos III a Tanucci, del mismo modo que todas las del ASPa lo son de Carlos a Felipe de Parma. Al tratarse de textos del siglo XVIII sin especial interés paleográfico, hemos actualizado la ortografía y puntuación, tanto de las fuentes manuscritas como de las transcripciones publicadas.

⁹ C. Knight, *op. cit.*, §60, 11 de agosto de 1761; p. 180.

Somos conscientes de las limitaciones que, pese a todo, ofrece este tipo de fuente. Las cartas están plagadas de formulismos, los temas tratados (y el modo de hacerlo) varían de un corresponsal a otro, Carlos era reservado por naturaleza, y además nunca perdió de vista su condición de rey. Dicho de otro modo: no todos los asuntos que podríamos considerar de relevancia aparecen o son abordados detalladamente, ni el monarca olvidó en ningún momento el perfil político que cualquiera de las cuestiones que le afectaban podía adquirir. Cabe tener todo ello en cuenta, aunque consideramos que no resta un ápice de valor o interés a las misivas que seguimos a continuación.

Los temas de los epistolarios

Por haberlo hecho en trabajos anteriores, no describiremos aquí las características generales de las cartas de Carlos III¹⁰. No obstante, apuntaremos que el soberano las redactaba, ahormadas por todo un conjunto de formulismos, siguiendo un mismo patrón y orden de los temas, al que sólo después añadía las cuestiones sobrevenidas, por importantes que fueran. En general, respondía a la misiva anterior de su corresponsal, manifestando su opinión (o sus órdenes), y luego añadía las novedades que por su parte pudiera haber, generalmente expresadas de forma bastante escueta.

Su Católica Majestad

Es cosa bien sabida que Carlos fue un creyente sincero y devoto, un hombre de «profunda fe religiosa»¹¹, asiduo a las prácticas litúrgicas. Era casi imposible que fuese de otro modo, puesto que estamos hablando de Su Católica Majestad, de un monarca absolutista plenamente imbuido del concepto sacral de la Monarquía, en cuya virtud constituía el instrumento puesto por la divinidad con la misión de proteger a sus vasallos, a la Monarquía y a la propia Iglesia. Empero, si se trata de caracterizar la religiosidad de Carlos hemos de efectuar dos salvedades. La primera es que, como cabeza de una Monarquía confesional, el rey debía cumplir con una serie de funciones religiosas durante el ciclo anual, relacionadas con el calendario litúrgico, como las de Semana Santa; o con devociones particulares, como las licuefacciones de la sangre de San Genaro en Nápoles, que –referidas a Fernando– están repetidamente presentes en la correspondencia, y que Carlos sigue con interés¹². En la medida en que se

¹⁰ I. Andreu Candela, «La percepción del clima», pp. 22-27.

¹¹ M.^a de los A. Pérez Samper, *op. cit.*, pp. 15 y 122; R. Fernández Díaz, *op. cit.*, p. 23.

¹² En repetidas ocasiones, Carlos agradece a San Nicandro la remisión de los «jornales» del milagro de San Genaro, como cuando le dice «te puedes imaginar cuál ha sido mi consuelo, viendo por lo bien que le ha hecho [el milagro] que nos quiere continuar su patrocinio,

trataba de una agenda inevitable, no les concedemos mayor relevancia en el sentido que ahora nos interesa. En segundo lugar, resulta incuestionable que en Carlos hallamos una clara conciencia regalista¹³, que en ocasiones sale a relucir en las cartas. Así, a propósito de una de tantas cuestiones con Roma, escribe a San Nicandro: «no creas tan fácilmente que esto pueda traer la rotura de aquella Corte [Roma] con esa [Nápoles], pues la importa demasiado a ella el no hacerlo y a la Dataría sacar de ahí el dinero que saca»¹⁴. De un modo u otro, por esta vía se ha pretendido alinear a Carlos con las Luces, pero el regalismo –que servía a la razón de Estado– no implicaba necesariamente una mentalidad ilustrada, por muy dieciochesco que fuera.

Más propio de Carlos es que Dios se encuentre omnipresente en toda la correspondencia, como debió estarlo en su propia vida. En las cartas se puso continuamente en manos de la Providencia para impetrar favores (la salud de sus hijos, la salvación de sus vasallos, o el éxito de sus armas en las guerras; incluso para esperar de Él que «la destronación del zar por su mujer (...) nos traiga buenas consecuencias»¹⁵). Del mismo modo, continuamente daba gracias cuando sus súplicas eran escuchadas. Pero también se resignaba enteramente al «incomprensible» juicio divino, especialmente en el caso de desgracias como la de su primogénito Felipe, o cuando la muerte sacudía a sus más cercanos (durante el periodo señalado fallecieron su esposa María Amalia; su madre, Isabel Farnesio; su hermano Felipe y la hija de este, Isabel de Borbón-Parma; así como la primera mujer de Fernando, María Josefa). Aunque en tan luctuosas ocasiones el monarca llega a repetir formulismos, no debemos olvidar que era persona capaz de expresar sentimientos sinceros¹⁶. Lo cierto es que sería imposible excedernos al ponderar la continua invocación a Dios. Como botón de muestra, valga una carta tomada al azar de la correspondencia con San Nicandro (la que le remite desde El Pardo el 13 de marzo de 1764): consta de cincuenta líneas en la edición impresa, y contiene diez menciones a Dios, bien usando ese mismo término, bien mediante pronombres personales; es decir, una alusión cada cinco líneas.

el que espero nos continuará siempre» (C. Knight, *op. cit.*, §150, 24 de mayo de 1763; p. 516).

¹³ Apoyándose en las cartas a Tanucci, M. Barrio puso de relieve la reacción carolina ante la condenación romana del *Catecismo* de Mésenguy (véase: M. Barrio Gozalo, «Carlos III y su actividad política a través de su correspondencia con Tanucci (1759-1783)» en: *Actas del Congreso Internacional sobre «Carlos III y la Ilustración»*, t. 1: *El Rey y la Monarquía*, Madrid 1989, pp. 294-297.

¹⁴ C. Knight, *op. cit.*, §112, 31 de agosto de 1762. La cuestión es aún más evidente en la correspondencia con Felipe de Parma (ASPa, Carteggio, 12 de junio de 1764).

¹⁵ C. Knight, *op. cit.*, §109, 10 de agosto de 1762; p. 360. En el siguiente correo, de 17 de agosto, escribía: «ya sabrás la infeliz fin del zar».

¹⁶ Véase: C. Mas Galvañ, «Los sentimientos en una relación regio-fraternal. Las cartas entre Carlos III y Felipe de Parma (1759-1765)», en: *Comercio y cultura en la Edad Moderna*, coords. J. J. Iglesias Rodríguez, R. M. Pérez García y M. Francisco Fernández Chaves, vol. 2, Sevilla 2015, pp. 2215-2229.

Pese a su sincera creencia, no es posible detectar el menor rastro que le aproxime a lo que pudiéramos considerar como posiciones ilustradas en esta materia. Al contrario, Gómez Urdáñez no duda en calificarle como hombre supersticioso, sometido a la influencia creciente de su confesor, el no menos supersticioso, amén de ignorante y fanático –en opinión del mismo autor– Fray Joaquín de Eleta¹⁷. Calificativos al margen, lo cierto es que la piedad del confesor, a quien Carlos mantuvo en el puesto durante toda su vida (fallecieron con apenas diez días de diferencia) se hallaba en las antípodas de las Luces.

El confesor no es el único personaje que nos hace apuntar en la dirección que indicamos. Si repasamos el índice onomástico ofrecido por Knight a su edición de la correspondencia con San Nicandro¹⁸, el personaje más citado –con diferencia– es Ángela Marapesa, priora del monasterio de San Gabriel Arcángel de Capua. La denominada invariablemente por ambos corresponsales como «priora de Capua», acumula prácticamente cuatrocientas menciones, a las que podemos sumar las de sor María Gabriela, abadesa de las capuchinas de Aversa¹⁹. En opinión de Knight, la de Capua es una figura inquietante, que tuvo acceso a la familia real a través de la reina María Amalia, quien frecuentaba el convento para contemplar los éxtasis y trances de Marapesa²⁰. Cuando Carlos y su familia marcharon a España, el contacto se mantuvo regular e intensamente a través de la correspondencia: tanto el rey como alguno de sus hijos (en especial Pepa; es decir, María Josefa Carmela) continuaron recibiendo por el correo de San Nicandro las cartas, escapularios (*abitini*) y relicarios que aquella les enviaba, y por la misma vía se remitían las respuestas a la de Capua. De hecho, también Knight afirma que «Carlo non era insensibile a quella forma di supertizione»²¹. Aunque el rey tuvo cierta conciencia del límite que no se debía traspasar (defendió a la de Capua diciendo que «no es de las que van haciendo profecías»²²), se mostró crédulo con los pronósticos proféticos de Fray Sebastián de Jesús y Sillero (a quien logró que se beatificara en 1778²³), en la faltriquera de la casaca portaba pequeños objetos que había utilizado desde la infancia, y nunca dejaba la cruz que llevaba colgada del pecho²⁴. No está de más recordar que algunas de sus decisiones políticas estuvieron –al menos en parte– influidas por este tipo de creencias. Es el caso de la revocación, en 1747, del permiso de retorno a Nápoles concedido a los judíos seis años antes, o de la interpretación –inducida por Eleta– del costoso

¹⁷ J. L. Gómez Urdáñez, *op. cit.*, pp. 122 y 138.

¹⁸ C. Knight, *op. cit.*, p. 1438. Dicho índice no incluye –lógicamente– al propio Carlos de Borbón, a su hijo Fernando, a San Nicandro y a Bernardo Tanucci.

¹⁹ *Ibidem*, pp. 1438-1439. Desaparece de las cartas en octubre de 1763 sin causa manifiesta.

²⁰ *Ibidem*, pp. LIV-LV.

²¹ *Ibidem*, p. LV.

²² *Ibidem*, §90, 30 de marzo de 1762; p. 292.

²³ R. Fernández Díaz, *op. cit.*, p. 60.

²⁴ *Ibidem*, p. 239.

desastre de Argel de 1775 como una señal celestial advirtiéndolo contra los peligros de las reformas y del libertinaje²⁵.

Sorprendente, por otra parte, resulta constatar la presencia de un masón y de un jesuita en papeles relevantes en la educación de Fernando. El primero es Benedetto Latilla, un canónigo regular lateranense, obispo de Avellino y arzobispo *in partibus* de Mira. Nombrado preceptor y confesor de Fernando el 29 de septiembre de 1759, era catedrático de teología en el Estudio General partenopeo y había sido un conocido orador masónico²⁶. Es de suponer que, tras la publicación en 1751 del edicto de condena en Nápoles, Latilla abandonara dicha militancia²⁷, aunque debemos indicar que, en esos momentos, para Carlos la prohibición era más una cuestión de Estado (impedir la existencia de sociedades secretas) que religiosa²⁸. El otro personaje es el padre Francesco Cardel, S. J., maestro de lenguas de Fernando. Procedente de un colegio germánico, Cardel probablemente fue llamado a Nápoles por la reina María Amalia. Naturalmente, siempre despertó las suspicacias de Tanucci, quien desde 1761 advirtió repetidamente a Carlos –con escaso resultado– sobre el peligro que podía representar para la formación del joven rey²⁹. Nos ocuparemos de la labor de ambos más adelante.

La obsesión cinegética

Posiblemente el asunto que, junto con las noticias sobre la salud familiar, aparece de forma más frecuente en los epistolarios carloterceristas es el de la caza (y en mucha menor medida, la pesca). Resulta conocida la desmedida –aun para su estatus– afición cinegética del rey. No sólo la practicaba cotidianamente, sino que la recomendaba especialmente a la familia, tanto a su hermano Felipe como a su hijo Fernando. Al primero, especialmente como práctica antidepresiva en dos ocasiones luctuosas: la de la muerte de su esposa Luisa Isabel³⁰, y la de su hija la archiduquesa Isabel³¹.

Se trataba de una receta que se aplicaba a sí mismo. Es muy frecuente que Carlos transmita a sus corresponsales expresiones tales como «sigo divirtiéndome con mis cazas» o similares; incluso pondera este tipo de ejercicio para

²⁵ J. L. Gómez Urdáñez, *op. cit.*, pp. 240-241.

²⁶ C. Knight, *op. cit.*, p. 33.

²⁷ La primera condena papal (*In eminenti*, 1738) no tuvo efecto en Nápoles. Pero en 1751, a seguido de la bula *Providas Romanorum*, Carlos publicó un edicto obligando a los masones a retractarse so pena de muerte y confiscación de bienes. Véase: J. A. Ferrer Benimeli, *Masonería, Iglesia e Ilustración. Un conflicto ideológico-político-religioso*, vol. 3, Madrid 1977, pp. 16-17, 35, 46.

²⁸ *Ibidem*, p. 35.

²⁹ C. Knight, *op. cit.*, pp. XXXIII-XXXVII.

³⁰ ASPa, Carteggio, 22 de enero de 1760.

³¹ *Ibidem*, 27 de diciembre de 1763.

evitar problemas de obesidad, pero en otras comunicaciones deja entrever un trasfondo diferente. Así, tras la muerte de María Amalia le repitió a Felipe en diversas ocasiones: «yo procuro divertirme cuanto mi dolor lo permite con mis cazas en compañía de Luis»³². Y al morir el de Parma, escribe a San Nicandro que con las cazas «procuro disiparme [...] tan funestas ideas y divertirme lo que puedo»³³. Fernán-Núñez –y muchos otros tras él– ya puso en boca de Carlos palabras que apuntaban en esa otra dirección mucho menos lúdica, la del temor a la «melancolía» familiar (que el monarca nunca mencionó explícitamente) y el deseo de evitarla a cualquier precio³⁴; lo consiguió, pero a costa quizá de desarrollar una obsesión causada por ese miedo: Carlos no podía dejar de cazar.

No obstante, en otros pasajes aparecen elementos diferentes, especialmente con Tanucci. Así, junto a la habitual relación de piezas cobradas, comenta la abundancia o ausencia de algunas especies en entornos cinegéticos concretos³⁵, la cría de faisanes en ambos reinos³⁶, la existencia de enfermedades que afectaban a diferentes especies –como los gamos³⁷–, o la plantación de nuevas variedades fructíferas de árboles en los bosques napolitanos para que estos atrajesen otras especies de caza³⁸. Del mismo modo, expresó a San Nicandro que las prácticas abusivas y poco metódicas podían llevar a causar la escasez de caza en ciertos montes³⁹. Como iremos viendo, la actividad venatoria impregnó múltiples aspectos de su vida.

La agenda cultural

Carlos III era obviamente consciente de que un rey debía atender a un conjunto de funciones protocolarias, en las que entraba una amplia panoplia de actos religiosos y civiles cuyo objetivo en gran medida era precisamente la escenificación de la majestad. De modo que, junto a las funciones litúrgicas y devocionales ya mencionadas, la asistencia a la ópera, al teatro o a los bailes formaba parte de la vida pública de cualquier monarca. También sabíamos por Fernán-Núñez que detestaba estas obligaciones, al menos las civiles (la música y en particular la ópera).

Esas actitudes no habían variado en la década de 1760. En distintas ocasiones, a su hermano Felipe le manifestó –mera cortesía– que se alegraba de su asistencia a las representaciones operísticas celebradas en Parma; sin embargo, su opinión sincera emerge en una de las cartas: «bien creo por lo que a mí me

³² *Ibidem*, 4 de noviembre de 1760.

³³ C. Knight, *op. cit.*, §264, 30 de julio de 1765; p. 973.

³⁴ Fernán-Núñez, *op. cit.*, vol. 2, pp. 52-53.

³⁵ AGS, Estado, libro 339, 8 de enero de 1771.

³⁶ *Ibidem*, 31 de julio de 1770.

³⁷ *Ibidem*, libro 333, 11 de agosto de 1767.

³⁸ *Ibidem*, libro 332, 2 de junio de 1767.

³⁹ C. Knight, *op. cit.*, §196, 10 de abril de 1764.

sucede que estás harto de ellas [las óperas], y que no veías la hora de hallarte en el bosquecillo de Sala con la escopeta, y sin vestidos dorados»⁴⁰. Por su parte, San Nicandro informaba regularmente de la asistencia de Fernando a los espectáculos que tenían lugar tanto en el entorno cívico como en el puramente cortesano. Lo cierto es que las primeras cartas de su ayo nos indican que el chico se aburría en las óperas, sobre todo porque resultaban largas y se cansaba⁴¹. Además, las grandes ocasiones (tales como sus cumpleaños o la onomástica de su padre⁴²), solían celebrarse con un denso programa que se iniciaba con una función religiosa, continuaba con una sesión de ópera y concluía con besamanos y comida en público⁴³. Dada su edad, la reacción de Fernando resultaba completamente lógica. Más adelante pareció que el joven rey se divertía algo más⁴⁴, e incluso fue enviando a su padre los libretos y prólogos de las obras representadas⁴⁵, pero nunca con demasiado entusiasmo⁴⁶. Respecto del baile, cumplidos ya los doce años de edad, San Nicandro avisaba que tampoco esa actividad encajaba con su genio y vocación⁴⁷. Generalmente, si es que en sus respuestas alcanza a mencionar estas actividades del hijo, Carlos se limita – de nuevo, meros formulismos – a agradecerlas y a alegrarse de ellas, sobre todo si habían comportado la asistencia y el aplauso del público⁴⁸. Sólo en una rara ocasión lamentó que el espectáculo no hubiera tenido el nivel adecuado, pero se limitó a repetir la opinión que San Nicandro le había proporcionado, sin añadir nada de su parte⁴⁹. Son, en definitiva, respuestas poco entusiastas, propias de quien hubo de sufrir en sus propias carnes este tipo de funciones cuando tenía la misma edad que su hijo⁵⁰.

Con todo, en algunas cuestiones Carlos parecía ir más allá de la mera aquiescencia a las propuestas que le presentaban. Cuando falleció Vincenzo Re, escenógrafo y pintor de corte, Cattaneo propuso como sustituto a Antonio Galli «Bibiena». Sin embargo, el rey prefería a Antonio Joli de Dipi (un modenés discípulo de Pannini), cuyas obras hechas en España eran «muy buenas»⁵¹, pero dejaba la decisión en manos de la Regencia. En realidad, como aclara Knight, estamos

⁴⁰ ASPa, Carteggio, 12 de junio de 1764.

⁴¹ C. Knight, *op. cit.*, §24, 23 de diciembre de 1760; §50, 2 de junio de 1761.

⁴² *Ibidem*, §82, 2 de febrero de 1762; §177, 8 y 29 de noviembre de 1763; §239, 5 de febrero de 1765.

⁴³ *Ibidem*, §177, 8 y 29 de noviembre de 1763.

⁴⁴ *Ibidem*, §137, 22 de febrero de 1763.

⁴⁵ *Ibidem*, §154, 31 de mayo y 21 de junio de 1763; §177, 8 y 29 de noviembre de 1763; §184, 17 de enero de 1764; §187, 7 de febrero de 1764; §188, 14 de febrero de 1764; §237, 22 de enero de 1765.

⁴⁶ *Ibidem*, §262, 25 de junio y 16 de julio de 1765; §316, 1 y 22 de julio de 1766.

⁴⁷ *Ibidem*, §32, 27 de enero de 1761; §152, 17 de mayo y 7 de junio de 1763.

⁴⁸ *Ibidem*, §187, 7 de febrero de 1764; §387, 10 de noviembre y 1 de diciembre de 1767.

⁴⁹ *Ibidem*, §370, 24 de julio y 4 de agosto de 1767.

⁵⁰ Fernán-Núñez, *op. cit.*, vol. 1, p. 104.

⁵¹ C. Knight, *op. cit.*, §119, 19 de octubre de 1762.

ante uno más de los enfrentamientos entre Tanucci y San Nicandro: era el primero quien había propuesto a Joli, siguiendo la opinión del empresario del teatro de San Carlos⁵². Por supuesto, San Nicandro siguió la sugerencia de Carlos⁵³.

Más del gusto de Fernando resultaban las representaciones teatrales, y muy en especial las comedias *all'impronto* («al improviso», como escribía Carlos), que se solían representar ante el joven rey durante los carnavales, dos veces por semana,⁵⁴ en sesiones de cámara en el Palacio Real e incluso –en ocasiones– interpretadas por miembros de la nobleza cortesana⁵⁵. Las referencias epistolares son abundantes durante todo el periodo de la Regencia, y aunque San Nicandro llega a proporcionar detalles sobre los actores, autores e incluso la construcción de pequeños escenarios⁵⁶, los comentarios de Carlos continúan resultando muy escuetos: por lo general, de nuevo, se limita a alegrarse y agradecer los espectáculos, o pide que la comedia se revise previamente para que no se empleen expresiones o palabras inconvenientes⁵⁷. Ese agradecimiento se hace especial cuando en situaciones críticas, como la de los desórdenes de principios de 1764⁵⁸, San Nicandro procuró distraer al joven rey con máscaras y comedias⁵⁹. Sólo en una ocasión Carlos se permite emitir un juicio cualitativo sobre estas piezas, cuando dice que las propuestas para el carnaval de 1764 «no dudo que serán muy buenas siendo hechas por Don Joseph Cirillo»⁶⁰. Se trata de un juicio derivado, más que de un criterio artístico, del conocimiento directo de las personas. Las demás menciones a estos asuntos están referidas a cuestiones accesorias o de protocolo, como manifestar su conformidad para que se pagase un estipendio a los «filodramáticos» que las interpretaban⁶¹, o para sugerir –es decir, ordenar– que se erigiese un palqueto para las mujeres de los ministros extranjeros que asistían a las representaciones⁶². Ni que decir tiene, Carlos estaba seguro de que para Fernando las cazas eran mejor diversión que las comedias⁶³.

⁵² *Ibidem*, p. 403.

⁵³ *Ibidem*, §125, 9 de noviembre de 1762.

⁵⁴ *Ibidem*, §152, 17 de mayo y 7 de junio de 1763; §294, 28 de enero y 18 de febrero de 1766.

⁵⁵ *Ibidem*, §86, 9 de febrero y 2 de marzo de 1762; p. 277.

⁵⁶ *Ibidem*, §136, 25 de enero y 15 de febrero de 1763.

⁵⁷ *Ibidem*, §86, 9 de febrero y 2 de marzo de 1762; §136, 25 de enero y 15 de febrero de 1763.

⁵⁸ M. Barrio Gozalo, «La carestía de 1764 en Nápoles y sus “Reliquie” a través de la correspondencia de Bernardo Tanucci y de Jerónimo Grimaldi», *Hispania. Revista Española de Historia*, vol. 54, núm. 186, 1994, pp. 111-144. La correspondencia con San Nicandro ofrece un excelente elemento de contraste sobre este asunto. Carlos manifestó un claro enfado a Cattaneo, responsabilizándole en parte de la situación por falta de previsión y corrupción municipal; debió de quedar atónito cuando un par de años después le sorprendieron a él los motines peninsulares.

⁵⁹ C. Knight, *op. cit.*, §194, 27 de marzo de 1764.

⁶⁰ *Ibidem*, §183, 10 de enero de 1764; §294, 28 de enero y 18 de febrero de 1766; p. 633. Cirillo era un conocido abogado napolitano.

⁶¹ *Ibidem*, §202, 22 de mayo de 1764. Carlos evidencia que conocía personalmente a estos actores, algunos ya difuntos.

⁶² *Ibidem*, §232, 27 de noviembre y 18 de diciembre de 1764; p. 78.

⁶³ *Ibidem*, §234, 1 de enero de 1765; p. 857.

Las actitudes ante la salud y la medicina

Regularmente, el rey y sus corresponsales van dando cuenta de cualquier contratiempo o amenaza sobre su salud o la de la familia. De los hijos dejados en Nápoles se encargaban los dos médicos de cámara. Carlos los designaba personalmente tanto a ellos (en esta época, los doctores Buoncuore y Pinto), como al encargado de la farmacia real⁶⁴. En general, no parece que tuviera en alta estima a la profesión, pues –malinterpretando unas expresiones de Cattaneo–, le escribía: «Y lo que me dices de los médicos me confirma siempre más en la opinión que tengo de ellos»⁶⁵.

De la actuación de estos galenos no podemos esperar la menor novedad. Algunas cuestiones menores están relacionadas con ciertas creencias sobre la salud; por ejemplo, las propiedades salutíferas del vino en los jóvenes. A Fernando –con permiso de su padre⁶⁶– se le permitió tomar borgoña a los 12 años⁶⁷. Pocos meses después, San Nicandro escribía que el joven había dejado de padecer «aquellas pequeñas incomodidades de estómago que solía tener y causarle alguna alteración en el pulso», y tanto él como Carlos estaban de acuerdo en que junto con la mayor edad, se debía al uso moderado del vino⁶⁸. Cabe mencionar también la propuesta de modificación del emplazamiento de la fundición de la armería real, para que Fernando no respirase los humos; Carlos no contestó con demasiado entusiasmo, dejando también la decisión en manos de la Regencia⁶⁹.

Respecto de las afecciones que aparecen en las cartas cabe distinguir –aplicando los criterios actuales– las transmisibles de aquellas que no lo son. En cuanto a estas últimas, la mayor parte tienen que ver con la salud de Fernando, afectado en esa etapa de su vida por dolencias de la piel («aspereza») y por dificultades en la dentición. La primera se trataba con caldos a base de carne de víbora⁷⁰, o con baños de agua simple⁷¹. Estos últimos inquietaban especialmente a su padre si el tiempo era fresco⁷². En cuanto los problemas dentales, los consideraba un «mal de familia»⁷³, y era radicalmente contrario a las extracciones⁷⁴.

⁶⁴ *Ibidem*, §25, 30 de diciembre de 1760.

⁶⁵ *Ibidem*, §229, 6 de noviembre y 27 de noviembre de 1764; p. 837.

⁶⁶ *Ibidem*, §119, 28 de septiembre de 1762.

⁶⁷ *Ibidem*, §131, 21 de diciembre y 11 de enero de 1763.

⁶⁸ *Ibidem*, §152, 17 de mayo y 7 de junio de 1763.

⁶⁹ *Ibidem*, §167, 20 de septiembre de 1763.

⁷⁰ *Ibidem*, §48, 9 de septiembre de 1761; §105, 13 de julio de 1762; §111, 27 de julio de 1762.

⁷¹ *Ibidem*, §110, 17 de agosto de 1762.

⁷² *Ibidem*, §267, 20 de agosto de 1765, §372, 28 de julio y 18 de agosto de 1767; §373, 25 de agosto de 1767; §378, 8 de septiembre y 29 de septiembre de 1767.

⁷³ *Ibidem*, §312, 24 de junio de 1766. Knight aclara que Carlos lo sufrió en propia persona muchísimo, lo que según Giacomo Casanova le dejó «la fisionomia e l'espressione d'un montone» C. Knight, *op. cit.*, p. 1145.

⁷⁴ *Ibidem*, §113, 17 de agosto y 7 de septiembre de 1762.

La salud de su hijo Felipe presentaba visos más serios. Al margen de enfermedades comunes, llegó a experimentar episodios de temblores y convulsiones⁷⁵, estreñimiento y prolapso rectal⁷⁶, y una escoliosis que le provocaba una joroba en el lado derecho. Sobre esto, Carlos coincidía con Cattaneo en que el motivo era que no crecía en estatura «pues los que tienen tales defectos no suelen crecer mucho»⁷⁷. Las alusiones a esta criatura –poco frecuentes– expresan tristeza y compasión, siempre envueltas en un manto de resignación cristiana⁷⁸.

En cuanto a las enfermedades transmisibles, las cartas están llenas de referencias a catarros y resfriados. Pero sobre todo domina el miedo a los contagios –como corresponde al siglo– de viruela y tifus. Este último («fiebres pútridas»), aparece claramente vinculado al grave deterioro del estado de la salud pública que se produjo en Nápoles en 1764, a causa del desabastecimiento. Las primeras noticias en la correspondencia con Cattaneo son de mayo, avisando de una epidemia de «enfermedades que corrían» en la capital. Se envió allí al doctor Pinto para comprobar la certeza de las noticias. Un Carlos más ansioso de lo habitual apostillaba que en tal asunto «no hay cautela que baste»⁷⁹. En efecto, los galenos (autores de una memoria que se adjuntó a la correspondencia) recomendaron que Fernando permaneciese en Caserta –se le sacó de Nápoles con el pretexto de las cazas–⁸⁰. Aunque en principio no parecía especialmente maligna, la epidemia cursó con alternativas durante todo el año, afectando tanto a los grupos sociales elevados⁸¹, como al reclusorio de pobres del *Ponte della Maddalena*⁸². El resultado fue que el retorno de Fernando a Nápoles no se verificó hasta las navidades⁸³. Con todo, que Carlos respaldara todas las precauciones no se debía únicamente a la preocupación por la salud de su hijo, sino por la seguridad de su persona: la epidemia proporcionó la excusa perfecta para mantener al joven rey –por orden expresa de su padre– fuera de Nápoles mientras se aquietaba la grave situación social⁸⁴. Sólo en una circunstancia –que no nos puede sorprender– Carlos fue partidario de no exagerar las precauciones: cuando la amenaza de epidemia impidiese mantener el calendario habitual de residencias («vilegiaturas») y las consiguientes cazas. Así ocurrió cuando la ida al pabellón de Persano fue suspendida por los rumores de contagios. Carlos indicaba que ya en su tiempo pasaba lo mismo, «pero como aquel palacio está en medio del bosque y separado de toda comunicación, no tuve jamás

⁷⁵ *Ibidem*, §100, 8 de junio de 1762.

⁷⁶ *Ibidem*, §126, 16 de noviembre y 7 de diciembre de 1762.

⁷⁷ *Ibidem*, §128, 30 de noviembre y 21 de diciembre de 1762; p. 437.

⁷⁸ *Ibidem*, §100, 8 de junio de 1762; p. 328.

⁷⁹ *Ibidem*, §205, 22 de mayo y 12 de junio de 1764; p. 722.

⁸⁰ *Ibidem*, §206, 29 de mayo y 20 de junio de 1764.

⁸¹ *Ibidem*, §209, 19 de junio y 10 de julio de 1764.

⁸² *Ibidem*, §232, 27 de noviembre y 18 de diciembre de 1764.

⁸³ *Ibidem*, §236, 25 de diciembre de 1764 y 15 de enero de 1765.

⁸⁴ *Ibidem*, §218, 21 de agosto y 11 de septiembre de 1764.

el menor reparo en ir a él»⁸⁵; aunque San Nicandro remitió informes oficiales que reflejaban el incremento de decesos en la zona, Carlos no sólo no cambió de opinión⁸⁶, sino que cortó la discusión en seco⁸⁷.

La amenaza de la viruela era más seria. La medida básica frente a la enfermedad continuaba siendo la evitación de las zonas contagiadas. Así, en 1761 el rey ordenó que sus hijos permanecieran fuera de Nápoles ante la «grande influenza de viruelas y sarampión en la ciudad»⁸⁸. En 1762, la posibilidad de que Fernando hubiese contraído la viruela le causó gran inquietud⁸⁹. No obstante, la cuestión no volvió a surgir hasta 1766, en que los brotes impidieron los desplazamientos a Caserta⁹⁰ y Capodimonte⁹¹.

Carlos sabía que haber padecido la enfermedad confería cierto grado de inmunidad –él mismo la pasó–, y conocía la práctica de la variolización. Pero su actitud en materia tan delicada era absolutamente refractaria y se negó con rotundidad a la aplicación de dicha técnica profiláctica en sus familiares. Así, cuando Felipe de Parma decidió inocular a su propio hijo, tanto Carlos como su venerada madre, doña Isabel, mostraron su más clara e inequívoca reprobación, hasta el punto de manifestarle que lo habrían impedido de haber estado en su mano⁹². Igual actitud siguió defendiendo –más allá del marco temporal marcado– en la correspondencia con Fernando, decidido partidario de la inoculación. De hecho, esta discusión llegó a jugar cierto papel en el enfriamiento de las relaciones entre padre e hijo y en la casi inmediata terminación de la correspondencia epistolar entre ambos⁹³.

Así pues, pese a lo indicado por algunos autores⁹⁴, y aunque la viruela se llevó a algunos de sus seres más queridos (en este periodo, a su muy querida sobrina Isabel, en 1763), Carlos siempre fue contrario a la inoculación. En su descargo, podemos decir que el Protomedicato español sostenía la misma opinión⁹⁵, pero en la actitud del rey contaron elementos de índole religiosa, ya que consideraba que introducir una enfermedad en un cuerpo sano

⁸⁵ *Ibidem*, §234, 1 de enero de 1765; p. 857.

⁸⁶ *Ibidem*, §241, 29 de enero y 19 de febrero de 1765.

⁸⁷ *Ibidem*, §245, 26 de febrero y 19 de marzo de 1765.

⁸⁸ *Ibidem*, §44, 13 de mayo de 1761.

⁸⁹ *Ibidem*, §90, 30 de marzo de 1762.

⁹⁰ *Ibidem*, §302, 25 de marzo y 15 de abril de 1766.

⁹¹ *Ibidem*, §317, 8 y 29 de julio de 1766.

⁹² ASPa, Carteggio, 22 de febrero de 1763 (Cf. C. Mas Galvañ, «Los sentimientos», p. 2218).

⁹³ I. Andreu Candela, «Medicina y enfermedades en la correspondencia privada de los Borbones españoles (1731-1785). El debate en la familia real sobre la inoculación de la viruela a partir de las cartas de Carlos III», *Cuadernos Dieciochistas*, núm. 24, 2023, pp. 115-141.

⁹⁴ P. León Sanz y D. Barettino Coloma, «La polémica sobre la inoculación de las viruelas», en: *eaedem*, Vicente Ferrer Gorraiz Beaumont y Montesa (1718-1792), un polemista navarro de la Ilustración, Navarra 2007, p. 236; J. Tuells y J. L. Duro Torrijos, «Las Reales viruelas, muerte e inoculación en la Corte española», *Vacunas: investigación y práctica*, vol. 13, núm. 4, 2012, p. 180.

⁹⁵ J. Tuells y J. L. Duro Torrijos, *op. cit.*

–que a la postre era lo que implicaba la inoculación– resultaba contrario a los designios divinos⁹⁶.

No obstante, sí se mostró favorable a la aplicación de otro tratamiento novedoso, aunque menos arriesgado: el del uso de la quina para el caso de las fiebres tercianas, aplicado con éxito al príncipe heredero, Carlos⁹⁷, y a su hermano Antonio⁹⁸. Los demás tratamientos mencionados en las cartas entraban en lo habitual, como el que se menciona para el accidente leve (probablemente ictus) padecido por el marqués de Isastia –encargado del cuidado de su hijo Felipe–, a quien los médicos prescribieron una cura de cinabrio⁹⁹; o el reposo que ordenaron al propio Carlos (incluyendo que no escribiera mucho) por la calentura de resfriado que padeció a finales de 1764¹⁰⁰.

Terminamos este apartado recordando que, pese a las difusas menciones a la caza y el ejercicio como lenitivos para el dolor moral, la «melancolía» familiar está clamorosamente ausente en estas cartas. Se trata de una actitud ante las enfermedades mentales que sin duda aún hoy continúa siendo común.

Los fenómenos naturales y climáticos

Las referencias meteorológicas son en extremo regulares y habituales en la correspondencia de Carlos, hasta el punto de habernos servido de base para los estudios mencionados en la nota 5, a los que remitimos al lector. Añadamos que el rey poseía un conocimiento empírico del clima esperable en cada lugar, hasta el punto de indicar si percibía algún tipo de anomalía en los valores normales basándose no sólo en sus impresiones subjetivas, sino en una suerte de *proxy-data*, tales como la presencia o no de nieve o hielo en determinados tiempos y lugares, o incluso la necesidad de andar con mayor o menor ropa dependiendo de los momentos del año. Así ocurre cuando anotaba que le parecía «cosa muy rara» que en Chieti (Abruzzos) estuvieran sin nieve en pleno invierno «no habiendo ni aún caído allí, y según esto, no puede a menos de haberse mudado ahí desde que yo partí, no solo los climas, sino hasta las regiones y así creo que si volviese ahí no conocería esa tierra»¹⁰¹.

⁹⁶ I. Andreu Candela, «Medicina y enfermedades», p. 140.

⁹⁷ C. Knight, *op. cit.*, §352, 31 de marzo de 1767; §380, 22 de septiembre y 13 de octubre de 1767.

⁹⁸ *Ibidem*, §358, 12 de mayo de 1767.

⁹⁹ *Ibidem*, §233, 25 de diciembre de 1764. Isastia murió en 1766 y Carlos lo sustituyó por don Agnelo Filingiero (§300, 1 de abril de 1766).

¹⁰⁰ *Ibidem*, §236, 25 de diciembre de 1764 y 15 de enero de 1765. Las cuestiones relacionadas con la incidencia de las tercianas en la familia real y el uso de la quina han sido recientemente abordadas por A. Alberola Romá, «Arroz y tercianas en tiempos de Carlos III. Notas para un estudio a través de las relaciones epistolares», en: *Studia Historica in Honorem Prof. José Luis Gómez Urdáñez*, eds. C. González Caizán y P. L. Lorenzo Cadarso, Logroño 2023, pp. 171-173.

¹⁰¹ *Ibidem*, §243, 12 de febrero y 5 de marzo de 1765; p. 894.

Amén del estado del tiempo, de tanto en tanto aparecen algunas noticias aisladas sobre tormentas especialmente fuertes¹⁰² o caídas de rayos, como cuando dos descargas impactaron en el Palacio Real de Portici (una cerca del dormitorio del rey); por fortuna, sólo afectaron a la techumbre. Fernando, que –como su abuela Isabel– tenía miedo a las tormentas y los truenos¹⁰³, se refugió en una estancia con dos gentilhombres y miembros del servicio. Siempre en su línea, Carlos atribuyó a Dios que salieran indemnes, aunque parecía dudar de la historia¹⁰⁴.

Posterior a nuestro marco cronológico fue el avistamiento de una aurora boreal en enero de 1770. Se trata de una de las contadas ocasiones en que Carlos intenta ofrecer una explicación científica para un fenómeno natural. Informado por Tanucci, el rey repuso «que también la tuvimos aquí, y desde El Escorial hasta ahora ha habido dos, lo que como sabes suele suceder cuando hay grandes fríos, como los hemos tenido este año en todas partes, y los continúa aún a hacer aunque aquí hasta ahora con muy buen tiempo»¹⁰⁵. Efectivamente ese invierno fue muy frío y se produjeron auroras visibles en latitudes bajas, pero –como nosotros sabemos y los contemporáneos no– se trata de dos fenómenos que no guardan la menor relación.

Constan asimismo alusiones a dos terremotos. El primero fue un movimiento que el mismo Carlos pudo percibir estando en Aranjuez, calificándolo como «temblor de tierra bastante fuerte»¹⁰⁶; se trata del ocurrido el 31 de marzo de 1761 al suroeste del Cabo de San Vicente, de intensidad VII y magnitud 8.5. Aunque el rey apunta que –naturalmente, gracias a la infinita misericordia de Dios– no había producido ningún daño en la zona «ni sé que le haya en ninguna parte de las que he podido saber hasta ahora, que son las más de estos reinos»¹⁰⁷, el Instituto Geográfico Nacional lo incluye en los más importantes registrados en España y entre sus efectos indica que produjo un tsunami que afectó a las costas españolas y portuguesas, alcanzando incluso las del Reino Unido, Irlanda y el Caribe¹⁰⁸. Más adelante, Carlos menciona en repetidas ocasiones el sucedido en Cuba el 11 de junio de 1766, que califica como «terrible»¹⁰⁹. Una cuestión adicional en esta materia son las sugerencias que efectuó a San Nicandro cuando este le propuso construir un «casinito o barraca» en el Palacio Real para el caso de terremotos: su emplazamiento no le gustaba por

¹⁰² *Ibidem*, §93, 30 de marzo y 20 de abril de 1762; §344, 13 de enero y 3 de febrero de 1767.

¹⁰³ *Ibidem*, §330, 7 y 28 de octubre de 1766.

¹⁰⁴ *Ibidem*, §381, 29 de septiembre y 20 de octubre de 1767.

¹⁰⁵ ASPa, Carteggio, 13 de febrero de 1770; I. Andreu y C. Mas, «La correspondencia», pp. 121-122.

¹⁰⁶ C. Knight, *op. cit.*, §39, 7 de abril de 1761; ASPa, Carteggio, 7 de abril de 1761.

¹⁰⁷ C. Knight, *op. cit.*, §39, 7 de abril de 1761.

¹⁰⁸ <https://www.ign.es/web/terremotos-importantes> [consultado el 1 de junio de 2025].

¹⁰⁹ C. Knight, *op. cit.*, §324, 16 de septiembre de 1766. Sobre este terremoto, véase: M. O. Cotilla Rodríguez, «The Santiago de Cuba earthquake of 11 June 1766: Some new insights», *Geofísica Internacional*, vol. 42, núm. 4, pp. 589-602.

hallarse demasiado cerca de un murallón que se podría derrumbar¹¹⁰. Las explicaciones de Cattaneo terminaron satisfaciéndole¹¹¹.

Singular interés mostró Carlos por las erupciones del Vesubio, como queda reflejado en cada uno de sus epistolarios privados, ya desde su llegada a Nápoles. Durante la erupción de 1737 se mantuvo pegado a los balcones de palacio para contemplar el espectáculo ígneo. El suceso le impresionó a tal punto que mandó que la *Reale Accademia delle Scienze e Belle-Lettere di Napoli* estudiase esta erupción. El resultado fue la *Istoria dell'incendio del Vesuvio*, del médico Francesco Serao, considerada la primera obra de vulcanología moderna vesubiana. Como testigo presencial, Carlos siempre informó a sus corresponsales sobre las erupciones, describiendo sus efectos, enviando vistas, e incluso remitiendo a sus padres algunos fragmentos de los materiales expulsados. Este interés continuó después de 1759, al requerir a sus corresponsales napolitanos que le mantuviesen informado de la actividad volcánica. Se ha dicho que el interés que mostró por el Vesubio tuvo carácter científico, presentándole como impulsor de la instalación de mareómetros en Portici y en Nápoles con el fin de monitorear las variaciones del nivel del mar, que según las ideas de la época estaban relacionadas con las erupciones del volcán. Sin embargo, en sus cartas no existen referencias a este instrumento ni a la realización de observaciones científicas: Carlos se limita a describir los daños causados y a pedir a Dios y a San Genaro el fin de la erupción para evitar el padecimiento de los napolitanos. En este sentido, cabe anotar, que –al igual que ocasionalmente ocurría con los impactos climáticos adversos– se compadecía de «tanta pobre gente», afectada por las erupciones de 1761¹¹² y 1767¹¹³.

Por último, en este apartado cabría incluir la única ocasión en que menciona en las cartas una misión de carácter científico. A comienzos de julio de 1766, San Nicandro comunicaba que había arribado a Nápoles una nave francesa comandada por el marqués Joseph-Bernard de Chabert-Cogolin, astrónomo y académico de la Academia de Ciencias de París, en misión cartográfica por el Mediterráneo. El francés ofreció a Fernando efectuar una observación nocturna, en palacio, del eclipse de uno de los satélites de Júpiter, así como un experimento de dulcificación del agua de mar. Por lo que se puede leer, el joven quedó encantado; en cuanto a su padre, se limitó a resumir brevemente las noticias facilitadas, alegrarse de que a Fernando le hubieran gustado tanto la observación como el experimento, y aprobar el regalo que, en compensación, este hizo a Chabert-Cogolin¹¹⁴.

¹¹⁰ C. Knight, *op. cit.*, §260, 2 de julio de 1765.

¹¹¹ *Ibidem*, §266, 13 de agosto de 1765.

¹¹² *Ibidem*, §27, 13 de enero de 1761; § 28, 20 de enero de 1761.

¹¹³ *Ibidem*, §384, 20 de octubre y 10 de noviembre de 1767. La erupción se da por acabada en §386, 3 de noviembre de 1767.

¹¹⁴ *Ibidem*, §313, 1 de julio de 1766.

Un Carlos con criterio: las excavaciones arqueológicas y las artes plásticas

El impulso a las excavaciones de Herculano, Pompeya y Estabia (junto con la creación del Museo Ercolanense y la publicación de *Le Antichità di Ercolano Esposte*) constituye uno de los aspectos que han servido para caracterizar a Carlos, no solo como «rey arqueólogo»¹¹⁵, sino como monarca ilustrado. Para el periodo que hemos acotado, el asunto surge habitualmente en la correspondencia con Tanucci y ha sido ampliamente estudiado; no es necesario, por tanto, entrar ahora en mayores detalles. Sin embargo, destacaremos algunos aspectos.

Sin duda, el suyo en este terreno fue un interés genuino y personal (a Tanucci le decía en 1761 que estas eran cosas de «mi genio y gusto»¹¹⁶) equiparable o derivado del que sentía por los fenómenos vesubianos (el descubrimiento de Herculano en 1738 fue precedido por la erupción del año anterior, que tanto le interesó). Carlos siguió muy de cerca las frecuentes informaciones que Tanucci le remitía, expresó su parecer sobre las excavaciones y sus objetivos, e incluso en algún momento impuso su criterio técnico a las decisiones tomadas por los responsables¹¹⁷. Con todo, actuó básicamente desde un prisma anticuarista, dirigido a engrosar las colecciones¹¹⁸, con una finalidad que, en último término, era propagandística y de prestigio. Así, siempre se intentó asociar públicamente la empresa arqueológica a la persona de Carlos¹¹⁹, y su mayor afán –junto con su esposa– fue el de labrarse un prestigio cultural como mecenas. El monarca supo captar perfectamente que la atención despertada por los hallazgos arqueológicos entre los eruditos y las clases altas europeas, concedería relevancia no sólo a un reino relativamente menor como era Nápoles –convirtiéndolo en destino del *Grand Tour*¹²⁰–, sino a su propia imagen como rey¹²¹. Y no le faltaron quienes –como Juan Andrés– elogiaron francamente su labor¹²². Un eco de esta función propagandística lo hallamos, durante los años que estamos siguiendo,

¹¹⁵ R. Fernández Díaz, *op. cit.*, p. 181.

¹¹⁶ AGS, Estado, libro 321, 31 de marzo de 1761 (véase: M.^a del C. Alonso Rodríguez, «Los vaciados de la Villa de los Papiros de Herculano como relectura», en: *La Villa de los Papiros*, eds. C. García Gual y N. Oddati, Madrid-Barcelona 2013, pp. 125-129).

¹¹⁷ AGS, Estado, libro 330, 11 de febrero de 1766.

¹¹⁸ A modo de ejemplo, véanse: AGS, Estado, libro 339, 21 de agosto de 1770; *ibidem*, libro 340, 25 de junio de 1771; J. M. Abascal Palazón, «El impacto europeo de la Villa de los Papiros. Los viajeros españoles», en: *La Villa de los Papiros*, p. 174.

¹¹⁹ Los siete tomos de *Le Antiquità...* que se publicaron en vida de Carlos salieron dedicados a él, y no a su hijo (véase: M.^a del C. Alonso Rodríguez, «La política cultural del reino de las Dos Sicilias y la publicación de los descubrimientos arqueológicos», *Revista de historiografía*, núm. 17, 2012, p. 72).

¹²⁰ J. M. Abascal Palazón, «El impacto», p. 175.

¹²¹ M.^a del Carmen Alonso Rodríguez, «La política cultural», p. 67.

¹²² J. M. Abascal Palazón, «El impacto», p. 174; E. Giménez López, *Juan Andrés. Un erudito en el exilio de Italia*, Alicante 2021, pp. 157 y 159.

en la expectación que el propio Carlos mostró ante la anunciada visita –que después no se verificó– de José II al museo en 1769¹²³. Con todo, las menciones a estas excavaciones faltan absolutamente en las cartas a su hermano Felipe, y en las dirigidas a San Nicandro afectan a cuestiones menores: se indica que Fernando visitó en un par de ocasiones el museo, pero porque las lluvias le impidieron cazar. Por su parte, el padre se limitó a asegurarse de que se hubieran tomado las precauciones necesarias para que las estatuas y frescos con desnudos estuviesen adecuadamente cubiertos¹²⁴, y a alegrarse por haber sido del gusto de su hijo el mosaico hallado en las excavaciones de Torre Annunziata, «pues me alegro mucho que vaya tomando gusto a cosas tan dignas de él y que ningún otro las tiene ni las puede tener», frase muy significativa de las razones que guiaban a Carlos¹²⁵.

Las noticias vinculadas con las artes plásticas que aparecen en la correspondencia manejada están relacionadas principalmente con los matrimonios reales; es decir, con el habitual intercambio de retratos. De la correspondencia entre Carlos y su hermano Felipe a propósito del compromiso –que urdió el rey– de sus hijos Carlos y María Luisa¹²⁶, retendremos que domina un cierto disgusto ante las obras de unos pintores cuyos nombres no se mencionan y que ambos conceptúan como premiosos¹²⁷ y de escasa calidad: a las dificultades expresadas por Felipe para hallarlos mejores en Milán y Roma, Carlos reponía que no había retratistas buenos ni en esta última ciudad ni «en otra parte»¹²⁸. El mismo tipo de intercambio se produjo con ocasión del primer matrimonio de Fernando, concertado con la archiduquesa de Austria, María Josefa¹²⁹. Sin embargo, el retrato enviado desde Viena a Carlos, y por este a Nápoles, gustó tanto al propio Fernando como a Tanucci y Latilla¹³⁰.

Por otra parte, los arreglos que se acometieron –por iniciativa de San Nicandro– en el Palacio Real de Nápoles con vistas a la futura boda de Fernando se encuentran también relacionados en buena medida con intervenciones pictóricas¹³¹. Cattaneo propuso arreglar algunas estancias del Palacio Real, centrándose especialmente en la que serviría de alcoba real. Aquí el rey manifestó poseer su propio criterio y mencionó a los pintores por sus nombres. Tales arreglos incluyeron el encargo hecho a Pietro Duranti de diversos tapices alegóricos –

¹²³ AGS, Estado, libro 336, 25 de abril de 1769.

¹²⁴ C. Knight, *op. cit.*, §58, 18 de agosto de 1761.

¹²⁵ *Ibidem*, §155, 7 y 28 de junio de 1763; p. 535.

¹²⁶ C. Mas Galvañ, «Los sentimientos», pp. 2225-2229.

¹²⁷ ASPa, Carteggio, 18 de enero, 26 de abril y 14 de junio de 1763.

¹²⁸ *Ibidem*, 12 de febrero de 1765.

¹²⁹ Fallecería el 15 de octubre de 1767, siendo rápidamente sustituida como consorte de Fernando por su hermana María Carolina (más conocida como Carlota).

¹³⁰ C. Knight, *op. cit.*, §328, 23 de septiembre y 14 de octubre de 1766; §330, 28 de octubre de 1766.

¹³¹ Cattaneo della Volta comenzó a preparar el Palacio Real a finales de 1762, faltando aún más de cuatro años para la mayoría de edad de Fernando (*ibidem*, p. 430).

por considerar sus obras superiores a las ya existentes en el lugar¹³²–, así como a los pintores Pompeo Batoni, Stefano Pozzi, Luigi Garzi¹³³, Corrado Giaquinto y Giuseppe Bonito. Se planteó igualmente pintar algunos frescos en distintas habitaciones. San Nicandro proponía al mismo Bonito o a Francesco de Mura, llamado Franceschiello, aunque pensaba que este último no era del agrado del rey. Carlos lo desmintió, y además añadió: «nunca he tenido nada contra él, antes bien para fresco sé que es mejor que Bonito»¹³⁴. La decoración de los gabinetes superiores se encomendó al joven pintor Girolamo Starace, becado por Carlos como estudiante en Roma¹³⁵. Además, ordenó a los arquitectos Fuga y Pinchetti que reconocieran el belvedere del palacio y construyeran una nueva bóveda sólida¹³⁶. A principios de 1766, San Nicandro enviaba una relación de todo lo obrado en el Palacio Real napolitano, que Carlos aprobaba valorando que todo se había hecho «con la debida magnificencia y buen gusto»¹³⁷. Para contribuir al enlace, también mandó fabricar y enviar los nuevos espejos grandes para el palacio napolitano (fabricados en la Real Fábrica de Cristales de La Granja)¹³⁸, así como cuatro mesas de piedra, que consideraba serían del agrado de San Nicandro, de cuyo «buen gusto» decía tener constancia¹³⁹.

El páramo libresco

A culminar la labor de Carlos como mecenas cultural en Nápoles –y a servir sus intereses propagandísticos– vinieron verdaderos monumentos bibliográficos como la *Istoria dell'incendio del Vesuvio* y *Le Antichità di Ercolano Esposte*. Pero en su fuero interno nunca fue persona interesada en la cultura libresca. De chico, no le faltaron deseos de quemar algún libro¹⁴⁰, y aunque cuando dejó Parma para ocupar el trono de Nápoles se llevó consigo el archivo y la biblioteca¹⁴¹, de la herencia de su hermano Luis –con quien tanto cazó antes de defenestrarlo– desdeñó los libros y se quedó solo con las armas, en un gesto que le cuadra perfecta-

¹³² *Ibidem*, §126, 16 de noviembre y 7 de diciembre de 1762; p. 430. Este asunto prosigue sin novedades en §132, 28 de diciembre de 1762 y 18 de enero de 1763. Durante continuó trabajando para Fernando.

¹³³ *Ibidem*, p. 582, notas 2, 3 y 5.

¹³⁴ *Ibidem*, §146, 5 y 26 de abril de 1763; p. 504. El encargo se hizo a de Mura, pero se encomendó a Bonito pintar otras estancias.

¹³⁵ *Ibidem*, p. 580: «che la Maestà Vostra caritatevolmente mantenne in Roma a studiare».

¹³⁶ *Ibidem*, §168, 6 y 27 de septiembre de 1763; §174, 18 de octubre y 8 de noviembre de 1763, p. 581; §188, 14 de febrero de 1764.

¹³⁷ *Ibidem*, §297, 18 de febrero y 11 de marzo de 1766; pp. 1083-1084.

¹³⁸ *Ibidem*, §156, 5 de julio de 1763.

¹³⁹ *Ibidem*, §310, 10 de junio de 1766; p. 1138.

¹⁴⁰ R. Fernández Díaz, *op. cit.*, p. 54-55. Es una cuestión puramente anecdótica, relacionado con una tabla contenida en el *Teatro crítico* de Feijoo.

¹⁴¹ *Ibidem*, p. 91.

mente¹⁴². En este plano, la correspondencia constituye un verdadero páramo, pues las menciones a publicaciones son escasísimas. La más notable es la designada como edición del primer tomo de la traducción de los manuscritos árabes de El Escorial, que Tanucci hizo llegar a San Nicandro, por orden de Carlos, en el verano de 1761. Se trata de la *Bibliothecae Arabico-Hispanae Escorialensis*, obra del arabista y bibliotecario real Miguel Casiri –vinculado a Camponanes–, salida el año anterior de las prensas madrileñas de Antonio Pérez de Soto. Además, el proyecto databa de los tiempos de Fernando VI. Pese a los elogios en que se deshizo San Nicandro, Carlos se limitó a agradecer lacónicamente sus palabras y a alegrarse de que le hubiera gustado. En esa misma carta, destacó mucho más los ejercicios militares que había presenciado Fernando¹⁴³.

Sí decidió adoptar un papel activo en la única otra publicación que se menciona en los epistolarios. Se trataba de la solicitud de privilegio que el impresor Paolo de Simone presentó para imprimir en Nápoles los misales que hasta el momento se importaban de Venecia. Carlos, informado también por Tanucci, decidió que se concediera el privilegio por un tiempo de quince años, arguyendo esencialmente motivos económicos: «el ligero perjuicio que causará el [mayor] precio al público está muy compensado con el grande beneficio que trae a ese reino de no salir dinero de él, de aumentarse las artes y de dar a qué comer a los vasallos que se emplearán en ello»¹⁴⁴.

Y eso es todo, ninguna otra obra mereció ser comentada en la correspondencia de Carlos de Borbón.

La educación de Fernando: que se divierta «muy mucho»

Mención aparte merece el pensamiento y la actitud sobre la educación de su hijo Fernando. Siguiendo sus ideas sobre el ejercicio físico, enfocó el asunto de acuerdo con un programa fundamentalmente activo, en el que prácticas como la caza –por supuesto– y la equitación tuvieran el papel fundamental. Era lo que indicaba cuando en repetidas ocasiones ordenaba a San Nicandro que Fernando se divirtiera («no deseo sino que lo haga muy mucho»¹⁴⁵, «que se divierta muchísimo»¹⁴⁶).

Si nos olvidamos de las trivialidades que se han dicho –y aún hoy se siguen abonando– sobre la cuestión, hablar de la educación de Fernando IV pasa, desde

¹⁴² C. Martínez Shaw, «Prólogo», en: J. L. Gómez Urdáñez, *op. cit.*, p. 16.

¹⁴³ C. Knight, *op. cit.*, §61, 8 de septiembre de 1761; p. 185.

¹⁴⁴ *Ibidem*, §158, 28 de junio y 19 de julio de 1763; pp. 545-546; *ibidem*, §164, 30 de agosto de 1763.

¹⁴⁵ *Ibidem*, §29, 27 de enero de 1761.

¹⁴⁶ *Ibidem*, §139, 15 de febrero y 8 de marzo de 1763; p. 478.

luego, por tener en cuenta las actitudes de su padre ante él, ante la familia e incluso ante sí mismo. En las cartas, Carlos III acostumbra a referirse a su propia «acostumbrada ingenuidad»¹⁴⁷. De modo que –salvo cuando la razón de Estado lo exigía, caso de su hermano Luis–, propendía a juzgar benévolamente a sus más próximos y a delegar decisiones en quienes confiaba. Un ejemplo palmario, en el que ahora no nos podemos detener, es el del juicio que formó inicialmente sobre su sobrina y nuera María Luisa de Parma («Dios me ha hecho la mayor gracia que me podía hacer en este mundo en dármele, pues es la criatura más graciosa, espiritosa, juiciosa y afable que pueda verse, dotada de cuantas prendas yo pueda desear»¹⁴⁸). Si después cambió de opinión, aún no lo había hecho al final del periodo que nos hemos marcado.

En cualquier caso, la mirada de Carlos hacia sus hijos fue siempre paternalmente afectuosa. Haber tenido que dejar en Nápoles a un ser como Felipe (otra vez la razón de Estado) le tenía «atravesado el corazón»¹⁴⁹. De ahí, quizá, la amplia permisividad e indulgencia que adoptó en el caso de Fernando. En principio, la cuestión del grado de severidad a emplear con el rey niño resultaba obligada en estas cartas con el ayo. A finales de 1761, Carlos coincidía con Cattaneo en que no se le debía tener «entre algodones [...] es necesario que se acostumbre a todo pues no sabemos qué es lo que le pueda suceder»¹⁵⁰. En marzo de 1763, el padre decía que Fernando –en lo grácil y delicado– «se me parece, pues cuando yo era de su edad lo era también». Pero insistía en que «si andáis con tantas delicadezas, no sólo nunca se fortificará, sino que se hará un enclenque y así es menester ir siempre más acostumbrándole a todo, pues Dios sabe lo que le puede suceder, como me ha sucedido a mí»¹⁵¹. De hecho, atribuía el miedo de Fernando a las tormentas a las mujeres que lo cuidaban¹⁵², y agradeció a Cattaneo que le hiciese salir al aire libre ante una amenaza de tempestad¹⁵³.

Pero pese a estas expresiones, lo cierto es que Carlos, al menos durante estos años de la minoría de Fernando, siempre estuvo dispuesto a reírle las gracias a un joven que empezaba a acreditar un carácter discolo. En marzo de 1763, a Fernando no se le ocurrió otra cosa que obligar al caballero mayor, príncipe de Stigliano, a acompañarle en uno de sus paseos por mar a Posillipo. Cabe decir que Stigliano sentía pavor al agua¹⁵⁴. La reacción de Carlos fue escribir que

¹⁴⁷ *Ibidem*, §85, 23 de diciembre de 1762; pp. 273-274.

¹⁴⁸ *Ibidem*, §270, 10 de septiembre de 1765; p. 997.

¹⁴⁹ Carlos no dudó en destituir y poner en arresto en el Castel Nuovo a uno de los mayordomos del infante (don Giulio di Sangro) por faltas repetidas y graves en la asistencia y servicio a Felipe (*ibidem*, §89, 23 de marzo de 1762; p. 288).

¹⁵⁰ *Ibidem*, §69, 3 de noviembre de 1761; p. 211.

¹⁵¹ *Ibidem*, §246, 5 y 26 de marzo de 1765; p. 906.

¹⁵² *Ibidem*, §169, 4 de octubre de 1763; p. 585.

¹⁵³ *Ibidem*, §330, 7 y 28 de octubre de 1766; p. 1204.

¹⁵⁴ *Ibidem*, §141, 1 de marzo de 1763; p. 484.

«me imagino cuánto reirá [Fernando], pues me parece estar viendo lo mucho que soplará y temblará [Stigliano]»¹⁵⁵. Y cuando se le comunicó que la excursión había tenido lugar, Carlos se chanceaba pensando en la cara que puso el caballero y en «la risa que me dices causó a todos y al Rey particularmente», aunque agradecía el esfuerzo que aquel hacía por servirle¹⁵⁶.

La preocupación por la conducta de Fernando cundió cuando comenzó su reinado personal en enero de 1767. La Regencia ya había cesado en sus funciones, pero en abril Carlos daba las gracias a Cattaneo por seguir contándole «cosillas» de la conducta de su hijo, en especial por las malas compañías de las que se rodeaba. Con todo, se mostraba optimista sobre la posibilidad de que se fuera corrigiendo poco a poco, con el inmediato matrimonio y los consejos que como padre él mismo fuera dándole¹⁵⁷. En mayo renovaba estos argumentos, considerando sus actos como propios de la edad, «pues todos hemos sido muchachos y hemos hecho de las nuestras»; además, Carlos se consolaba pensando que sus hechos podrían haber sido «mucho peores y más difíciles de poder remediar»¹⁵⁸. En junio, San Nicandro comunicaba al rey que el jovenito había oído hablar de una ópera bufa particularmente divertida, y había ordenado a Tanucci y Cattaneo que le preparasen un pequeño escenario en el salón grande del Palacio Real para representarla. Ambos estaban perplejos, pues sin duda era un espectáculo en cuyo texto no faltaban los dobles sentidos y las expresiones y situaciones inconvenientes; Tanucci se escabulló, ordenando al empresario teatral que se entendiese con Cattaneo, y este procuró evitar que el asunto siguiese adelante alegando que dicha estancia estaba siendo utilizada como depósito de muebles para la próxima boda del rey, pero al cabo no tuvo más remedio que obedecer la orden. Sin embargo, Carlos continuó mostrándose comprensivo y condescendiente con su hijo¹⁵⁹. En estas mismas cartas, Cattaneo insistía en que el chico, de una excesiva viveza, se hacía acompañar por sujetos inapropiados (mayordomos, mozos de trailla y otros muchachos), en las excursiones andaba a paso ligero para impedir que los ancianos gentilhombres de cámara pudieran seguirle, y se divertía haciendo detonar explosivos en la logia del Palacio Real. La única respuesta de Carlos fue expresar que veía «con muchísimo gusto que conserva el genio militar que tanto le conviene»¹⁶⁰. No sabemos qué habría pensado de haber sabido que –según el atónito sir William Hamilton– Fernando organizó un simulacro bufo de funeral al conocer la muerte de su primera esposa María Josefa (a la que nunca llegó a conocer), reservándose para sí el papel de viudo desconsolado¹⁶¹.

¹⁵⁵ *Ibidem*, §141, 22 de marzo de 1763; p. 486.

¹⁵⁶ *Ibidem*, §163, 23 de agosto de 1763; p. 564.

¹⁵⁷ *Ibidem*, §356, 7 y 28 de abril de 1767; p. 1284.

¹⁵⁸ *Ibidem*, §362, 19 de mayo y 9 de junio de 1767; p. 1302.

¹⁵⁹ *Ibidem*, §365, 9 y 30 de junio de 1767; p. 1310.

¹⁶⁰ *Ibidem*, §366, 16 de junio y 7 de julio de 1767; p. 1313.

¹⁶¹ *Ibidem*, p. 1358, nota 3.

Junto a la introducción en los distintos tipos de actos sociales –cuya agenda aprobaba el padre–, a Fernando se le impartió enseñanza en algunas materias consideradas de interés, según un patrón que tampoco registraba particular novedad. Sorprendentemente, las menciones al contenido de este programa educativo resultan escasas en una correspondencia como la de San Nicandro, cuyo principal objeto debía ser, insistimos, la educación del joven rey. Se nombró preceptor a monseñor Latilla, con el encargo de explicar por sí Bellas Letras, Historia sacra y profana, así como la materia de las obligaciones y deberes de un príncipe (dos horas diarias). Aparte, se confiaban otras dos horas de latín y francés al padre Cardel, S. J. En 1761, juzgando que Fernando (apenas contaba diez años) ya sabía bastante –o todo lo que podía saber, dadas sus capacidades– de ambas lenguas, Cattaneo propuso sustituir estas dos últimas horas por enseñanzas matemáticas (aritmética y geometría). Carlos estaba de acuerdo en que poco importaba que su hijo no aprendiera lenguas (decía que a él le pasó lo mismo siendo chico), y veía mucho más importante el estudio de las matemáticas con un nuevo maestro: «[lo] juzgo muy necesario, pues tales ciencias las debe saber un príncipe y mucho más un Rey como él». No obstante, poco amigo de los cambios bruscos, proponía que se suprimiera sólo una de las dos horas de lenguas. En realidad, lo que Carlos temía era que Fernando aborreciese los estudios. En su parecer, las mismas dos horas repartidas entre ambos maestros «son muy suficientes, pues bien empleadas se puede hacer mucho, no conviniendo tampoco aojarle con los estudios, pues no se sacaría el provecho que deseamos». Y lo que era más importante: «es al mismo tiempo muy necesario que tenga sus diversiones para la conservación de su salud que nos es tan preciosa»¹⁶². De resultas, San Nicandro y Latilla propusieron elegir como maestro de matemáticas a Nicola di Martino, profesor de fama europea, que mereció la aprobación de Carlos, quien dijo conocerle y saber de «su grande habilidad y todas sus buenas circunstancias»¹⁶³. Comenzadas las clases, Fernando parecía satisfecho y contento; Carlos, en las cartas, continuaba hablando más de sus cazas, pero veía con gran satisfacción los progresos de su hijo en los estudios: «y, en particular, en la Geometría y Aritmética, que es más de su genio»¹⁶⁴. Más adelante, Fernando comenzó a dar cuenta a su padre de su aprovechamiento enviándole sus cuadernos de curso¹⁶⁵, incluso con un estudio que el joven realizó sobre la esfera armilar¹⁶⁶. Entre estos envíos figuraba también el diseño de diversas plantas geométricas de fortificaciones, y –después– ensayos de mecánica, ejecutados siempre bajo la dirección de Martino, que Carlos celebraba complacido¹⁶⁷.

¹⁶² *Ibidem*, §62, 1 de septiembre de 1761; pp. 182-183.

¹⁶³ *Ibidem*, §66, 13 de octubre de 1761; p. 199.

¹⁶⁴ *Ibidem*, §85, 23 de febrero de 1762; pp. 273-274.

¹⁶⁵ *Ibidem*, §136, 25 de enero y 15 de febrero de 1763; §85, 23 de febrero de 1762; pp. 273-274.

¹⁶⁶ *Ibidem*, §142, 29 de marzo de 1763; p. 489.

¹⁶⁷ *Ibidem*, §147, 3 de mayo de 1763; p. 507 (Knight apunta que es una de las «raras ocasiones» en las que Carlos menciona los estudios de su hijo); §149, 26 de abril y 17 de mayo de

A decir verdad, el papel de Latilla como preceptor no se ejerció como correspondía. Lo previsto era que estuviera presente en las lecciones de los otros profesores, pero algún malentendido por parte de San Nicandro respecto de las órdenes de Carlos, y el permanente mal estado de salud de Latilla, hicieron que a menudo las lecciones se impartieran sin la presencia del lateranense. Para desesperación –sobre todo– de Tanucci, quien no cesó de advertir a Carlos que su hijo se quedaba a menudo a solas con el jesuita, incluso fuera de horas. Sin embargo, el soberano se limitó a pedir que se verificase la presencia de Latilla, de modo que Cardel continuó impartiendo sus lecciones y teniendo «discursos secretos» con Fernando hasta 1766¹⁶⁸.

Es posible que todo esto evidencie la escasa confianza que Carlos tenía en las capacidades intelectuales de su hijo y en el resultado de su formación académica. Pero tengamos en cuenta que fue él quien eligió y mantuvo a San Nicandro, un hombre que ya entonces era considerado como inepto, vil, supersticioso, y no sólo ignorante, sino amigo de la ignorancia. Puede que una de las razones más poderosas que el rey tuviera para elegir y mantener a Cattaneo fuese su demostrada capacidad como administrador económico¹⁶⁹. Pero ya Knight le responsabilizó directamente de la mala educación de Fernando, apuntando la posibilidad de que tal ignorancia fuese auspiciada por el monarca, en un intento de mantenerle subordinado –a él, y al Reino de Nápoles– más allá de la mayoría de edad. En todo caso, el modelo de San Nicandro era el propio de un gentilhombre, marcado por las artes caballerescas, el ejercicio corporal, la equitación, la caza y los festines. Con estos planteamientos, y el genio de Fernando, el objetivo de hacer de él «il piu illuminato principe»¹⁷⁰ quedaba en poco más que mera retórica.

Lo cierto es que cuando la razón de Estado no se cruzaba en el camino, aparecía un Carlos poco amigo de imposiciones en contra de la voluntad de los individuos. Así, entre sus mismos hijos hallamos sin dificultad los ejemplos contrarios a Fernando o a Carlos. Nos referimos a Antonio Pascual –conocido por sus aficiones a la química– y al cultísimo Gabriel, un año menor que Fernando, que desde muy pequeño mostró sus afecciones intelectuales. Su padre le amó profundamente, pero cuando en las misivas a San Nicandro se refiere a él, no lo menciona por tales intereses sino por pequeños percances de salud o por avisar que había comenzado a disparar o a montar¹⁷¹. Además, rara vez lo llama por

1763; §160, 2 de agosto de 1763 p. 554; §175, 25 de octubre y 15 de noviembre de 1763. Carlos utilizaba estos trabajos para despertar un cierto espíritu de emulación entre los hermanos. Así, el duque de Béjar, ayo del príncipe de Asturias y del infante Gabriel, envió a Fernando dos diseños de arquitectura civil hechos por ellos mismos, y Fernando les correspondió con algunos folios de sus ejercicios de aritmética (*ibidem*, §134, 11 de enero y 1 de febrero de 1763; p. 458).

¹⁶⁸ *Ibidem*, p. XLII, y pp. 548, 977, 981.

¹⁶⁹ *Ibidem*, §331, 14 de octubre y 4 de noviembre de 1766.

¹⁷⁰ *Ibidem*, §60, 11 de agosto de 1761; p. 180.

¹⁷¹ *Ibidem*, §208, 12 de junio y 3 de julio de 1764.

su nombre, sino que lo hace con el remoquete de «tu filósofo» (subrayamos el posesivo), poseedor de una filosofía sobre cuyo contenido no se nos informa, y que no le sirvió para evitar algún empacho por excesos festivos¹⁷², pero sí para sobrellevar las consecuencias de esos y otros accidentes¹⁷³. Por lo visto, Carlos asociaba la filosofía con una suerte de moral estoica.

Terminamos este trabajo volviendo prácticamente al comienzo; es decir a la cuestión de las cazas, ahora por cuanto se refiere a la educación de Fernando. No sorprende en absoluto que Carlos considerara esta actividad como una diversión inocente superior a cualquier otra, conveniente «por todas razones»¹⁷⁴, «como lo sé por mí»¹⁷⁵. De ahí que siguiese siempre con el mayor interés las noticias que en este sentido le llegaban de Fernando: ordenó que comenzase a disparar¹⁷⁶ y celebró que se fuese aficionando¹⁷⁷; más aún, estaba seguro de que Fernando preferiría –como él mismo– la caza a las comedias¹⁷⁸, y se enfadó porque los miembros del Consejo de Regencia hubiesen cancelado estancias de caza por disfrutar de los carnavales¹⁷⁹. Y aun así, no hallábamos nada en verdad sorprendente en todo ello hasta que nos tropezamos con un hecho realmente singular. Como un paso –importante– en su formación, Carlos ordenó que Fernando comenzara a asistir a los consejos de gobierno napolitanos. En 1765, a los de Estado y Guerra¹⁸⁰; el año siguiente, a los de lo Eclesiástico y Hacienda¹⁸¹. Lo que nos deja atónitos es que el Reino de Nápoles llegase a tener –al menos durante un tiempo– un sistema de gobierno nocturno, con el único fin de permitir que Fernando pudiese cazar durante las horas diurnas:

Y te apruebo y agradezco el haber dispuesto que fuesen todos los consejos por la noche, para no privarle de sus diversiones del picadero y las cazas, que son muy convenientes y necesarias que tenga, y que tome con gusto el trabajo, no impidiéndole sus inocentes y justas diversiones, y precisas para la conservación de su preciosa salud que tanto importa¹⁸².

¹⁷² *Ibidem*, §137, 22 de febrero de 1763; p. 469.

¹⁷³ Gabriel sufrió una caída y con la piedra del fusil que llevaba al hombro se hizo un corte en el carrillo izquierdo del que le quedó marca (*ibidem*, §254, 21 de mayo de 1765; *ibidem*, §260, 2 de julio de 1765; p. 957).

¹⁷⁴ *Ibidem*, §18, 11 de noviembre de 1760.

¹⁷⁵ *Ibidem*, §243, 5 de marzo de 1765; p. 894.

¹⁷⁶ *Ibidem*, §49, 16 de septiembre de 1761.

¹⁷⁷ *Ibidem*, §41, 21 de abril de 1761.

¹⁷⁸ *Ibidem*, §234, 1 de enero de 1765.

¹⁷⁹ *Ibidem*, §239, 5 de febrero de 1765.

¹⁸⁰ *Ibidem*, §257, 11 de junio de 1765; pp. 946-947.

¹⁸¹ *Ibidem*, §322, 2 de septiembre de 1766.

¹⁸² *Ibidem*, §328, 14 de octubre de 1766. San Nicandro (§328, 23 de septiembre de 1766) había dispuesto que «saranno tutti gli suoi Reali Consigli di sera affinché non si privi de' suoi divertimenti del maneggio e della caccia». Por su parte, Carlos añadía a comienzos de 1767 que la era de «sumo gozo» ver que «el Rey mi muy querido Hijo asistía a sus consejos las noches que correspondían» (*ibidem*, §342, 13 de enero de 1767; p. 1246).

Carlos celebró «con sumo gozo» que este sistema –que nos recuerda la «Junta de Noche» de Felipe II¹⁸³ pero por razones muy diferentes– se pusiese en práctica¹⁸⁴.

Conclusiones

El profesor Gómez Urdáñez añadía al título de su obra *Víctimas del absolutismo* el significativo subtítulo *Paradojas del poder en la España del siglo XVIII*; por su parte, Aguilar Piñal subraya las dificultades para acceder a la verdadera intimidad y el carácter contradictorio de la personalidad de Carlos III¹⁸⁵. Es cierto, porque estas paradojas y contradicciones, como revela la lectura de su correspondencia, no sólo se aprecian en su faceta pública, sino también en su mundo personal, sobre el que aquí nos hemos centrado. Creyente convencido, fue un férreo regalista; aborrecía la ópera pero construyó en Nápoles el más grande teatro destinado a representarla; demostró un escaso aprecio por la lectura, aunque impulsó la publicación de verdaderos monumentos bibliográficos; dejó miles de anotaciones climáticas, sin que jamás pensase en sistematizarlas instrumentalmente bajo criterios científicos; se convirtió en enemigo mortal de la Compañía de Jesús, mientras mantenía como preceptor de su hijo Fernando –casi hasta el último minuto antes de la expulsión– a un miembro de dicha orden. Incluso, vistas a la luz del presente, algunas de sus facetas podrían parecer desconcertantemente actuales: entusiasta de la actividad física –como terapia física y mental–, preocupado por la conservación de la naturaleza e interesado por los fenómenos geológicos, impulsor de la arqueología, partidario de métodos de educación basados en el juego y la tolerancia...

La mayor de estas paradojas es que en torno a Carlos de Borbón haya llegado a fosilizarse el sintagma «déspota ilustrado», o «rey ilustrado». Sabido era lo limitado de su bagaje e intereses culturales. La lectura que hemos hecho de su correspondencia viene a confirmarlo plenamente, pues en sus cartas no aparece la menor alusión a ideas que no deriven de su sola experiencia personal y vital, y menos aún que procedan de posicionamientos que pudiéramos considerar fruto del pensamiento ilustrado. Pese a las limitaciones intrínsecas a las fuentes manejadas, estas nos permiten afirmar que ni Carlos tuvo nada que ver con el prototipo del «rey filósofo» tomado de Platón y teorizado por los *philosophes*¹⁸⁶, ni por generosa que fuera nuestra definición de la Ilustración él pudiera caber en ella. En su caso, es necesario romper aquel sintagma, prescindir

¹⁸³ J. A. Escudero, «Cortes de Monzón de 1585: los cronistas y la Junta de Noche», *Ius Fugit*, núms. 10-11, 2001-2002, pp. 25-26.

¹⁸⁴ C. Knight, *op. cit.*, §342, 13 de enero de 1767; p. 1246.

¹⁸⁵ F. Aguilar Piñal, *op. cit.*, p. 67.

¹⁸⁶ J. Pappas, «Le roi philosophe d'après Voltaire et Rousseau», *Annales historiques de la Révolution française*, núm. 238, 1979, pp. 535-546, DOI: <https://doi.org/10.3406/ahrf.1979.4354>.

del calificativo y quedarnos con el sustantivo. Es decir, con el soberano absolutista a la francesa –no en vano estamos ante un Borbón–, con el rey sacralizado y paternalista que conocía bien su oficio, que veía en las acciones culturales una vía fundamental para la consolidación de la imagen y el prestigio de su majestad, y que –no sin errores– actuó guiado por la razón de Estado (confundida a menudo con la suya propia y la de su familia) y permitió –manejando desde las alturas el juego político– el ejercicio de un despotismo ministerial sin duda reformista, pero que sólo en contadas ocasiones mostró una faz ilustrada¹⁸⁷.

Fuentes

Archivos

Archivio di Stato di Parma (= ASPa), Carteggio Farnesiano e Borbonico Estero-Spagna, busta 150. Correspondencia Carlos III-Felipe de Parma (1759-1765).
Archivo General de Simancas (= AGS), Estado, libros 318 a 355. Correspondencia Carlos III-Bernardo Tanucci (1759-1782).

Memorias y documentos

Maximiliano Barrio Gozalo, *Carlos III. Cartas a Tanucci (1759-1763)*, 2 vols., Madrid 1898.
Carlos José Gutiérrez de los Ríos, conde de Fernán-Núñez, *Vida de Carlos III*, Madrid 1898, 2 vols.
Carlo Knight, *Carteggio San Nicandro-Carlo III. Il periodo della Regenza (1760-1767)*, Nápoles 2009.

Estudios

Juan Manuel Abascal Palazón, «El impacto europeo de la Villa de los Papiros. Los viajeros españoles», en: *La Villa de los Papiros*, eds. Carlos García Gual y Nicola Oddati, Madrid-Barcelona 2013, pp. 173-188.
Francisco Aguilar Piñal, *Madrid en tiempos del «mejor alcalde»*, vol. 1, San Cugat 2016.
Armando Alberola Romá, «Arroz y tercianas en tiempos de Carlos III. Notas para un estudio a través de las relaciones epistolares», en: *Studia Historica in Honorem Prof. José Luis Gómez Urdáñez*, eds. Cristina González Caizán y Pedro Luis Lorenzo Cadarso, Logroño 2023, pp. 165-183.
María del Carmen Alonso Rodríguez, «La política cultural del reino de las Dos Sicilias y la publicación de los descubrimientos arqueológicos», *Revista de historiografía*, núm. 17, 2012, pp. 65-74.
–, «Los vaciados de la Villa de los Papiros de Herculano como relectura», en: *La Villa de los Papiros*, eds. Carlos García Gual y Nicola Oddati, Madrid-Barcelona 2013, pp. 121-138.
Irene Andreu Candela, «Medicina y enfermedades en la correspondencia privada de los Borbones españoles (1731-1785). El debate en la familia real sobre la inoculación de la viruela a partir de las cartas de Carlos III», *Cuadernos Dieciochistas*, núm. 24, 2023, pp. 115-141.
–, *La percepción del clima y las catástrofes en los epistolarios españoles del siglo XVIII. La correspondencia de los Borbones*, Alicante 2024.

¹⁸⁷ J. L. Gómez Urdáñez, *op. cit.*, pp. 121-127.

- Irene Andreu Candela y Cayetano Mas Galvañ, «La correspondencia de Carlos III como fuente para el estudio climático (1759-1782)», *Revista de Historia Moderna*, núm. 39, 2021, pp. 99-134, DOI: <https://doi.org/10.14198/RHM2021.39.04>.
- Maximiliano Barrio Gozalo, «Carlos III y su actividad política a través de su correspondencia con Tanucci (1759-1783)» en: *Actas del Congreso Internacional sobre «Carlos III y la Ilustración»*, t. 1, *El Rey y la Monarquía*, Madrid 1989, pp. 275-298.
- , «La carestía de 1764 en Nápoles y sus „Reliquie” a través de la correspondencia de Bernardo Tanucci y de Jeronimo Grimaldi», *Hispania. Revista Española de Historia*, vol. 54, núm. 186, 1994, pp. 111-144.
- Giuseppe Caridi, *Carlos III. Un gran reformador en Nápoles y España*, Madrid 2015.
- Mario Octavio Cotilla Rodríguez, «The Santiago de Cuba earthquake of 11 June 1766: Some new insights», *Geofísica Internacional*, vol. 42, núm. 4, pp. 589-602.
- José Antonio Escudero, «Cortes de Monzón de 1585: los cronistas y la Junta de Noche», *Ius Fugit*, núms. 10-11, 2001-2002, pp. 13-27.
- Roberto Fernández Díaz, *Carlos III. Un monarca reformista*, Barcelona 2016.
- , «Carlos III. Custodia y reforma del Antiguo Régimen», en: *Bajo el velo del bien público*, coords. Jesús Astigarraga Goenaga y Javier Usoz Ota, Zaragoza 2020, pp. 27-56.
- José Antonio Ferrer Benimeli, *Masonería, Iglesia e Ilustración. Un conflicto ideológico-políticoreligioso*, vol. 3, Madrid 1977.
- Enrique Giménez López, *Juan Andrés. Un erudito en el exilio de Italia*, Alicante 2021.
- José Luis Gómez Urdáñez, *Víctimas del absolutismo. Paradojas del poder en la España del siglo XVIII*, Madrid 2020.
- Pilar León Sanz y Dolores Baretino Coloma, «La polémica sobre la inoculación de las viruelas», en: *eadem*, Vicente Ferrer Gorraiz Beaumont y Montesa (1718-1792), *un polemista navarro de la Ilustración*, Navarra 2007, pp. 205-270.
- Carlos Martínez Shaw, «Prólogo», en: José Luis Gómez Urdáñez, *Víctimas del absolutismo. Paradojas del poder en la España del siglo XVIII*, Madrid 2020, pp. 11-18.
- Cayetano Mas Galvañ, «El clima en la correspondencia de Carlos III (1759-1765): cartas a Felipe de Parma y Bernardo Tanucci», en: *Clima, naturaleza y desastre: España e Hispanoamérica durante la Edad Moderna*, coord. Armando Alberola Romá, Valencia 2013, pp. 17-54.
- , «Los sentimientos en una relación regio-fraternal. Las cartas entre Carlos III y Felipe de Parma (1759-1765)», en: *Comercio y cultura en la Edad Moderna*, coords. Juan José Iglesias Rodríguez, Rafael M. Pérez García y Manuel Francisco Fernández Chaves, vol. 2, Sevilla 2015, pp. 2215-2229.
- John Pappas, «Le roi philosophe d'après Voltaire et Rousseau», *Annales historiques de la Révolution française*, núm. 238, 1979, pp. 535-546, DOI: <https://doi.org/10.3406/ahrf.1979.4354>.
- María de los Ángeles Pérez Samper, *La vida y la época de Carlos III*, Barcelona 1998.
- Francisco Sánchez-Blanco Parody, *El absolutismo y las Luces en el reinado de Carlos III*, Madrid 2002.
- , *El Censor: un periódico contra el Antiguo Régimen*, Sevilla 2016.
- José Tuells y José Luis Duro Torrijos, «Las Reales viruelas, muerte e inoculación en la Corte española», *Vacunas: investigación y práctica*, vol. 13, núm. 4, 2012, pp. 176-181.